



Intervención del vicepresidente del Gobierno de Política Territorial, Manuel Chaves, en el Foro Nueva Economía

Sevilla, 25 de octubre de 2011

Como es natural, debo agradecer en primer lugar a los organizadores y patrocinadores de este encuentro su invitación a participar en este acto. Comprenderán que, para mí, estar aquí, en Sevilla, la capital de Andalucía y el lugar donde he desarrollado la mayor parte de mi vida política, siempre tiene un significado especial.

Muchas gracias al Presidente José Antonio Griñán por su presentación y por sus palabras de hoy.

Él es el Presidente de todos los andaluces, mi Presidente; es el secretario general de los socialistas andaluces, es decir, mi secretario general. Es una persona brillante y experimentada, con la que he trabajado durante 25 años; es un dirigente político capaz, responsable, firme y dialogante al tiempo, y con altura de miras, cualidades de las que está dando cumplidas muestras en esta difícil etapa que le ha tocado liderar.

Y debo decir también que mi agradecimiento a su presencia aquí va más allá de lo político y de lo institucional para adentrarse abiertamente en el terreno de las emociones y los sentimientos más estrictamente personales. Así que muchas gracias, Pepe, de todo corazón.

Nos encontramos en un momento caracterizado por el final de la legislatura, la disolución de las Cámaras y la próxima celebración de las elecciones legislativas. Pero, por encima de todo ello, hay un acontecimiento que ha marcado estas últimas jornadas y, lo que es mucho más significativo, quedará, con toda probabilidad en la historia de nuestra democracia.

En efecto, los españoles recibimos hace unos días una de las noticias más esperadas en la historia de nuestra democracia: el anuncio del cese definitivo de la violencia terrorista en nuestro país.

Nadie, sensatamente, puede pensar que esta decisión se ha debido a que en la organización terrorista ETA se haya producido una mutación de los principios políticos y morales que han inspirado su trayectoria a lo largo de estas cuatro últimas décadas. Sinceramente, después de 829 víctimas mortales y de miles, más bien, decenas de miles de damnificados de forma directa, desde heridos hasta secuestrados o chantajeados, esa hipótesis de la conversión está totalmente descartada.

Como suele ocurrir en los grandes momentos de la historia, las cosas son más sencillas: ETA abandona lo que sedicentemente llama la lucha armada simple y llanamente porque ha sido derrotada.

La fuerza de la democracia y el esfuerzo de muchos, durante mucho tiempo, han conseguido llevar a ETA a este punto sin retorno y acabar con sus 43 años de crímenes y violencia.

Ahora entramos en una nueva etapa que, lógicamente, corresponderá gestionar al Parlamento que salga elegido el 20 de noviembre y al Gobierno al que éste de su confianza. Estoy convencido de que, gobierne quien gobierne, lo sabremos hacer bien y despejar así definitivamente el horizonte de nuestra convivencia.

En este momento, es imperativo el recuerdo a las víctimas, y su propia presencia, porque, como decía el otro día el Presidente José Luis Rodríguez Zapatero, España será, a partir de ahora, un país sin terrorismo, pero no

podrá ser un país sin memoria. Por eso, el terrorismo se acabó, pero permanece el dolor de las víctimas, permanece el sufrimiento de sus familiares.

Es a todas ellas, a quienes nos sentimos más unidos que nunca. Tan unidos como sólo puede unir el dolor más profundo, ése que es indeleble, que es y será para siempre.

Y, mirando al futuro, hay que aprender de nuestra propia trayectoria. Y lo cierto es que, si hemos llegado hasta aquí, hasta la derrota de ETA, ha sido sobre la base de actuar con firmeza, con inteligencia, con prudencia y buscando siempre la unidad.

Esos han sido los principios que ha seguido el Gobierno de España, los que han permitido que el Estado de Derecho pudiera derrotar al terrorismo. Y esa es la regla que, a mi juicio, debe seguir el próximo Parlamento y el próximo Gobierno.

Termina pues, una Legislatura que estará marcada por este acontecimiento, pero que, inevitablemente, ha sido la de la crisis económica y el combate contra ella.

No me detendré en su análisis, pero sí quería recordar de entrada, tres cuestiones que, aún siendo obvias, considero fundamentales. Primera que la crisis es global y que, en consecuencia, requiere soluciones globales. Segunda, que la crisis afecta de manera especial a Europa, singularmente en lo que se refiere a la deuda soberana y que, por tanto, necesita de una actuación enérgica y coordinada de la Unión. Y tercera, que la crisis tiene características propias y específicas de España y ello demanda que nuestro país hacer sus deberes o, mejor, ha de continuar haciéndolos.

Cuando hablamos de crisis global, queremos decir, al menos dos cosas.

Una, que es una crisis que afecta al mundo, al menos al mundo que a nosotros nos concierne más. Basta ver lo que ha pasado este verano pasado con la deuda de EEUU para comprender hasta qué punto es así y hasta qué punto han quedado ridiculizadas esas simplezas tipo "la culpa de la crisis la tiene Zapatero".

Segunda, que el concepto de crisis global va mucho más allá de lo financiero. Es una crisis especialmente profunda, que está cambiando muchas cosas, empezando por las bases mismas del sistema económico.

Es una crisis, ya lo saben, agresiva, cambiante y por lo que, desgraciadamente estamos comprobando, persistente.

A esa crisis global se ha respondido con poca intensidad desde el punto de vista global. Las conclusiones del G-20 de Pittsburg, en septiembre de 2009, que trazaban la que podía haber sido una hoja de ruta de esa respuesta mundializada, esto es, regulación del mercado financiero y sus transacciones, lucha contra el cambio climático, apuesta por el desarrollo sostenible, apertura comercial, control de los paraísos fiscales todo eso sigue pendiente dos años después, mientras que la crisis no sólo no se ha resuelto, sino que amenaza con una recaída.

Los avances en la gobernanza global que necesitamos han sido tímidos e insuficientes. La respuesta global a la crisis es, en consecuencia, una asignatura tan pendiente como imprescindible.

La segunda consideración que hemos de hacer tiene que ver con Europa, que no sólo es nuestro marco político y económico natural, al que queremos pertenecer y pertenecemos; Europa es un condicionante decisivo, determinante para todos nuestros problemas.

En esencia, eso significa asumir, y explicar, que no podremos salir de nuestra situación sin contar con Europa. El ámbito europeo es crucial, es clave, es esencial para resolver nuestros problemas. Nos equivocáramos gravemente si lo fiáramos todo a las reformas nacionales. El euro, la pertenencia a una zona monetaria común,

marca las reglas de juego, porque la potencia de los fenómenos económicos a nivel europeo es tan considerable que todas ellas serán insuficientes si no logramos las respuestas adecuadas en ese nivel.

Por lo tanto, las economías nacionales, entre ellas la economía española, tendremos que hacer nuestras tareas pero muchos de los problemas dependen de que se tomen las decisiones adecuadas en la Unión Europea.

Y en este ámbito, necesitamos una mejor gobernanza económica, es decir, en palabras más sencillas, un gobierno económico europeo. La política económica del área del euro no puede simplemente ser la que mejor convenga a los intereses de las economías más fuertes.

No puede ser así, y de hecho, la solución al problema de Grecia se ha dilatado en exceso, algo que ha traído consecuencias muy graves para todos. Hay que insistir en que mientras no resolvamos el tema de Grecia, no resolveremos una parte muy importante de la inestabilidad financiera que hoy sufre Europa y, por contagio, el resto del mundo.

Estamos hablando, en síntesis, de completar el modelo, que no tenemos completo, de esta Europa económica. Tenemos que hacerlo, y hacerlo más rápidamente. Como ha dicho Francois Hollande la semana pasada, al ser proclamado candidato socialista, o relanzamos la construcción europea o, en otro caso, la crisis financiera lo arrastrará todo.

Y en ese todo corremos el riesgo de que Europa pierda todo su peso en el mundo, en un momento clave, en el que se está fraguando un nuevo orden mundial, o de que terminemos desnaturalizando una de los elementos esenciales del proyecto europeo, como es su modelo social.

Éste es el contexto en el que España aborda su crisis. Estamos en una economía global, y estamos en Europa, para lo bueno y para lo malo. Por tanto, no vamos a salir solos de la crisis, ni nosotros, ni otros países de la UE.

Ahora bien, sabiendo que las cosas son así, en España tenemos que cumplir con nuestras tareas, entre otras razones, y no es pequeña, porque en nuestro país tenemos un elemento diferencial, como es una tasa de desempleo absolutamente inasumible, fruto en gran parte del estallido de la burbuja inmobiliaria, uno de los componentes esenciales de un modelo de desarrollo que nació al final de los 90 y se cebó particularmente en la década de los 2000.

Un modelo que no va a volver, porque está agotado y porque sería indeseable que volviera, aunque solo sea porque las mismas causas volverían a producir los mismos efectos. Necesitamos un modelo mucho más sostenible en todos los sentidos.

Hoy los ciudadanos, los inversores, los empresarios, los trabajadores tienen incertidumbre. Nos preguntan a los políticos qué vamos a hacer, qué queremos hacer, y creo que es nuestra obligación dar una respuesta sincera y realista.

Es un deber político, pero también moral, porque detrás de estos problemas económicos hay muchos dramas humanos y considero que, en este momento, en que los ciudadanos tienen que elegir entre diversas alternativas no es de recibo que nadie, por un cálculo electoral, esconda su programa, silencie sus propuestas o calle sus respuestas. En mi opinión, es un fraude, y como tal debe ser denunciado.

Porque limitarse a decir que queremos salir de la crisis, que vamos a crear empleo, que nos proponemos restaurar la confianza de empresarios, trabajadores y consumidores es absolutamente insuficiente. No aporta nada.

Seamos serios, ¿quién no quiere salir de la crisis? ¿Quién no desea que se cree empleo? Lo relevante, lo que da valor al programa de cada uno es entrar en la cuestión que se dilucida en estas elecciones que no es otra que cómo queremos salir de la crisis. Con qué modelo y con qué iniciativas. Qué propone cada uno para conseguir salir de la crisis.

Eso es lo importante en este momento. Y eso es, modestamente, lo que está haciendo el candidato Rubalcaba y, en general, el Partido Socialista.

Nosotros somos muy conscientes, en realidad hay una coincidencia amplísima sobre ello, de que los problemas que nos lastran y que nos vienen impidiendo reducir esa gran bolsa de desempleo son fundamentalmente dos: un lento crecimiento económico y la insuficiencia de crédito.

Una reciente encuesta del INE realizada en 20 países de la UE, sobre los problemas de acceso a la financiación ajena de las pymes de los sectores de la industria, la construcción y los servicios no financieros, muestra que seis de cada 10 empresas necesitará financiación entre 2011 y 2013, principalmente para mantener la marcha del negocio, pero sólo el 51% de las que solicitaron un préstamo en 2010 tuvo éxito, y sólo un 33% de las que acudieron a financiación de capital logró sus objetivos. En 2007, esas cifras eran del 80 y el 70 %, respectivamente.

Es indudable que hemos dado un salto de gigante en este último año en la necesaria reforma de nuestro sistema financiero, pero es necesario cerrar este proceso de ajuste para que vuelva a ser la fuente de crédito, imprescindible para la transformación de la economía española.

Mañana, el Eurogrupo y el Consejo tienen un reto decisivo: por un lado, la solución definitiva a la cuestión de Grecia, a la que antes me refería; el refuerzo del fondo de rescate; y la recapitalización de la banca para aumentar su solvencia, restaurar la confianza y entrar, en consecuencia, en una situación de progresiva normalización del crédito.

Para crecer, necesitamos avanzar en el cambio de modelo hacia una economía sana y competitiva. Es decir, una economía que resuelva sus desequilibrios estructurales, y que mejore su productividad y su competitividad.

Ese nuevo modelo significa apostar por la Investigación, la Innovación y el Desarrollo Tecnológico. Es necesario profundizar y acelerar en el camino emprendido en estas dos legislaturas.

Significa tomar medidas dirigidas a apoyar a los emprendedores y a facilitar la creación de empresas. Desde la simplificación de los trámites y la reducción de cargas administrativas, algo de lo que hemos hecho bastantes cosas, pero en lo que todavía resta camino por recorrer, hasta la homologación de los trámites de las administraciones autonómicas y locales, pasando por la tarea facilitar que el ahorro privado vaya justamente a potenciar las ideas innovadoras y emprendedoras.

Ese proceso es la clave del empleo: las empresas crean empleo y nuestra obligación es justamente facilitar que las empresas se creen, crezcan y, a ser posible, se internacionalicen, como lo están haciendo muchas y con bastante éxito, de lo que da fe el constante aumento de nuestra exportaciones en este último tiempo.

Una economía competitiva es una economía diversificada. Lo cual significa que hay que apostar por la modernización de los sectores más tradicionales pero que van a seguir teniendo presencia importante el día de mañana, como el turismo y una construcción razonablemente dimensionada, pero también en otros más nuevos, como las energías renovables, las ecoindustrias, las tecnologías de la información y de la comunicación, la industria agroalimentaria, la biotecnología, el sector aeroespacial, las industrias culturales y de entretenimiento y las industrias sociales y del bienestar.

El porvenir va por ahí y algo especialmente gratificante es que, en todos esos sectores de futuro, Andalucía está bien posicionada, sobre todo en algunos de ellos, en los que tenemos un liderazgo reconocido. Andalucía debe saber aprovechar todas sus ventajas competitivas, y también debe extraer todas las potencialidades de su renta de situación. Hay que reforzar el papel estratégico de los puertos andaluces, como puerta de entrada a Europa de los mercados asiáticos y africanos, los que presentan un mayor crecimiento del mundo.

En esta dirección, el nuevo mapa de las Redes Transeuropeas de transporte presentado por la UE refuerza el papel de Andalucía, que quedará incluida en el Corredor Central y en el Mediterráneo de transporte ferroviario y viario de mercancías y viajeros.

Además, la ciudad de Sevilla y los puertos de la capital andaluza y de Algeciras se convierten en nodos primarios de la política de transportes de la UE, y se da un espaldarazo a un proyecto estratégico andaluz como el eje ferroviario transversal.

También nuestra agricultura es un sector de futuro. Junta de Andalucía, Gobierno de la nación y las organizaciones sectoriales deben seguir de la mano para conseguir la modificación de la propuesta de PAC presentada hace unos días y que no responde la realidad y las necesidades de un sector estratégico para Andalucía en la medida que no fomenta la productividad, competitividad y diversidad que caracterizan al campo andaluz.

Tenemos, pues, que aprovechar nuestro capital, que lo tenemos y que lo hemos construido y mejorado en los últimos tiempos, el tecnológico, el físico, el humano.

La creación de empleo es justamente el producto de esa economía sana y competitiva. Y es que, como decía antes, se creará empleo cuando la economía crezca. Eso es indudable, es el abc de la economía. No hay soluciones milagrosas y el que diga que tiene la piedra filosofal para resolver este problema de forma inmediata, está engañando a la ciudadanía.

Y, en relación con este tema, yo soy de los que piensan que no necesitamos muchas más reformas laborales de las que ya hemos hecho. Más aún, no creo que la principal razón de nuestra alta tasa de desempleo tenga como causa nuestra regulación laboral.

Basta comprobar un dato: en España tenemos la misma regulación laboral en todo su territorio y, sin embargo, hay provincias que tienen un desempleo por debajo de la media europea mientras otras, por el contrario, la triplican. Con la misma regulación.

Ahora, al socaire de la crisis, hay quien tiene la tentación de caminar hacia una reforma unilateral y desequilibradora de nuestras relaciones laborales. No estoy de acuerdo.

No hay país que pueda tener éxito sin contar con su gente.

Toda sociedad necesita unos consensos básicos que son los que nos definen como sociedad. Nosotros no somos un país de consensos fáciles, y los que tenemos nos ha costado mucho construirlos. Por esa razón afirmo que el asunto del que les hablo tiene una gran trascendencia.

El consenso sobre nuestro sistema de relaciones laborales democráticas es una de las cosas más importantes que tenemos. Y no debemos destruirlo. Sería un error.

Otro objetivo fundamental en este período es preservar los fundamentos de nuestro Estado del bienestar.

Hay quien considera que hay un gasto social excesivo y, en consecuencia, para recuperar la economía y el empleo, hay que reducir los servicios públicos esenciales: sanidad, educación, dependencia. Es decir, eliminar o recortar derechos de los ciudadanos.

Otros, por el contrario, entendemos que servicios públicos básicos, como la educación o la salud no son un gasto, son una inversión para toda la sociedad y que el recorte en estos servicios conduce no solo a la injusticia y a la insolidaridad, sino también a la ineficacia económica.

A la injusticia, porque, cuando un hospital o centro de salud se deteriora, se deteriora más la salud de los que menos tienen. Y lo mismo ocurre con los colegios, cuando se recortan las inversiones o se reducen los profesores.

Y a la ineficacia, porque menos educación significa que perderemos nuestras posibilidades de futuro que pasan, necesariamente, por más investigación, más innovación, más desarrollo tecnológico. Más conocimiento en suma. Por eso, recortar en educación es recortar en futuro. Por eso, también, tenemos que poner en valor el trabajo de nuestros profesores.

En definitiva, no comparto esa idea por la cual la crisis se convierte en un pretexto para conseguir un objetivo ideológico, que no es otro que poner en almoneda los logros del estado del Bienestar.

Y en esta materia no caben las operaciones de camuflaje que han llevado, incluso, a algunos gobiernos de Comunidades Autónomas a incumplir su obligación de presentar sus presupuestos, subordinando así los intereses de su Comunidad a los intereses electorales de un partido político.

Señoras y señores, hace unos días, Andalucía ha conmemorado los treinta años del Estatuto de Carmona.

Es una efemérides que nos ha permitido echar una mirada atrás y comprobar cuánto ha avanzado nuestra tierra, a pesar de las dificultades de hoy. En su momento, Andalucía dio una gran lección. De forma pacífica y democrática pero contundente fue capaz de variar el rumbo de los acontecimientos, un rumbo en el que parecía inevitable que la asimetría en la construcción del estado de las autonomías derivada del reconocimiento de determinados hechos diferenciales se convirtiera en una invitación a perpetuar la desigualdad.

El impulso del 28 F y del Estatuto de Carmona sirvió para señalar con toda rotundidad que las diferencias, la pluralidad y diversidad de España, que son valores que apreciamos, respetamos y ensalzamos no podían ser considerados como una coartada para la desigualdad.

En aquel momento, lo conseguimos y ese momento forma parte ya, no solo de la historia de Andalucía, sino de la de España. Desde entonces acá han transcurrido tres décadas cuyo balance es, globalmente, positivo. Siguen subsistiendo problemas, pero muchos otros se ha resuelto y han quedado definitivamente atrás.

Recuerdo esto porque aquella hermosa lección del pueblo andaluz siempre ha sido uno de los fundamentos de mi confianza en la ciudadanía.

Yo personalmente y el PSOE tenemos una enorme confianza en España y, desde luego en Andalucía. La hemos tenido siempre. Y soy de la opinión de que las sociedades no son más fuertes porque eludan o no las crisis porque eso, en este mundo global, no depende enteramente de ellas. Lo son porque salen de las crisis y porque saben aprovecharlas para salir más fortalecidas de ellas. Ése es y puede ser nuestro caso. Debe ser nuestro caso.

Nuestra historia nos demuestra que lo hemos sabido hacer en otras ocasiones. Formo parte de un partido que ha sabido liderar esas soluciones muchas veces, y lo hemos hecho, insisto, porque hemos confiado en los ciudadanos. De hecho, en todas las grandes transformaciones que han experimentado España y Andalucía en estos más de treinta años, hay muchas huellas, bien visibles y bien reconocibles, de la acción política e institucional del Partido Socialista. Ésa es una realidad que no se puede desconocer.

Sobre esa confianza está elaborada la propuesta que el PSOE y, en particular, su candidato, Alfredo Pérez Rubalcaba ofrece a la ciudadanía española. Es una propuesta clara y concreta, de perfiles nítidos y que, en sí misma, y al contrario de otras que están veladas, voluntariamente ocultas o deliberadamente borrosas, contribuye a despejar incertidumbres. Y eso es lo que España necesita hoy: que se le diga que vamos a salir de la crisis pero, sobre todo, cómo queremos hacerlo.

Ahora, como siempre pasa en democracia, corresponde decidir a la ciudadanía. Gracias